





*Los cinco frascos*

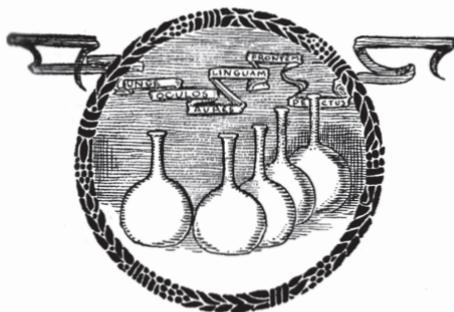
LIBROS DE PAN|**B**erenice

# THE FIVE JARS

by

M. R. JAMES.

Author of "Ghost Stories of an Antiquary"



London. Edward Arnold & Co.

All Rights Reserved

M. R. James

*Los cinco frascos*

Ilustraciones  
GILBERT JAMES

Traducción y notas  
ÓSCAR MARISCAL



Berenice

Título original: *The five jars*  
M. R. James, 1922  
Ilustraciones de Gilbert James

© De la traducción y notas: Óscar Mariscal, 2014  
© De esta edición: Berenice, 2014  
[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

*Primera edición: febrero 2014*

Editor:  
David González Romero

Diseño:  
Equipo Berenice

Maquetación y corrección:  
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:  
Lince Artes Gráficas

ISBN: 978-84-15441-49-6  
Depósito legal: Co-3/2014  
BIC: FA; YFM

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

~  
Capítulo uno  
MI HALLAZGO  
~

Mi querida Jane:

Recordarás sin duda tu sorpresa cuando te dije que había escuchado conversar a los búhos... si no fue exactamente sorpresa –pues me consta que tienes alguna experiencia en estas cosas–, sí que te mostraste en todo caso ansiosa por saber exactamente cómo pudo suceder tal cosa. Quizá sea éste un buen momento para contarte, si no todo, sí lo esencial y más importante del asunto.

Fue en realidad la suerte, y no cualquier otra habilidad mía, la que hizo que me topara con ello; la suerte, digo, y también mi entera disposición a creer más allá de cuanto veían mis ojos. He prometido no poner por escrito el nombre del bosque en el que esto ocurrió, y debo mantener mi promesa al menos hasta que volvamos a encontrarnos; pero respecto a todo lo demás, estoy en disposición de referirte fielmente lo acaecido.

Se trata de un bosque cuya linde es recorrida por un murmurante arroyo; el agua que éste lleva es dorada y límpida. Al otro lado de la corriente se extienden suaves praderas, y más allá de ellas una ladera completamen-

te cubierta por un espeso robleal. El cauce en toda su longitud está bordeado de alisos, y sus frondas, entrelazándose por encima de él, lo mantienen perpetuamente fresco y umbroso; el sol consigue herirlo no obstante en ciertos lugares, y los rayos que se filtran a través de las hojas estampan parches luminosos sobre la superficie líquida.

La jornada a la que me retrotraigo era uno de esos días extraordinariamente cálidos de principios de septiembre. Había atravesado las lisas praderas con la sana intención de sentarme junto al arroyo y leer; y los únicos cambios que introduje en mis planes fueron que en vez de sentarme me estiré sobre el muelle césped, y que en lugar de leer me dispuse a dormir.

Seguro que no ignoras que en determinadas situaciones –aunque verdaderamente éstas no se prodiguen– uno se figura cosas en duermevela que toma por hechos reales. Eso mismo debió de ocurrirme a mí en aquella ocasión. No me formé ninguna fantasmagoría ni creí ver a nadie: sólo soñé con una planta. Nadie en el sueño me dijo nada sobre ella; me limité a verla crecer a la protectora sombra de un árbol. Un pequeño fragmento de las raíces de éste entró en escena, una vieja y retorcida raíz cubierta de líquenes, con tres remedos de ojos en ella: agujeros redondos tapizados de musgo... ya sabes lo que quiero decir.

La planta no pertenecía a ninguna especie en la que me hubiera molestado en pensar alguna vez; ciertamente, no se trataba de ninguna que yo conociera: carecía

de flores y de bayas, y no levantaba gran cosa del suelo; me recordaba más a un acónito amarillo sin flor que a cualquier otra cosa. Su apariencia era la de una rueda cuyos radios –seis y uniformemente repartidos– fueran hojas extendidas y prácticamente planas, con nueve puntos sobre cada una de ellas. Como digo, vi aquello con toda claridad, y lo recuerdo bien porque seis veces nueve hacen cincuenta y cuatro, y resulta que yo tenía en aquel momento una razón muy especial para recordar ese número.

Pues bien, mi sueño no contenía más elementos que esos; pero, breve como éste fue, quedó impreso en mi mente como si de una fotografía se tratase, y yo estaba convencido de que siendo así que esa raíz y esa planta me habían sido reveladas por alguna razón, no habría de pasar mucho tiempo antes de que supiese de nuevo de ambas. Y aunque ni vi ni oí nada más de lo que te he contado, algo en mi mente me dijo que aquella planta constituía un hallazgo valioso.

Cuando me desperté –presa de una aguda flojera– yacía aún sobre la hierba, con mi cabeza a uno o dos pies de la orilla. Permanecí inmóvil escuchando el canturreo del arroyo sobre su lecho pedregoso, hasta que pasados cinco o seis minutos –si empecé a dormir de nuevo o no carece de importancia ahora–, se me antojó que el sonido del agua devenía en un murmullo de voces, entre las que distinguí estas palabras: «Remóntame, remóntame»... repitiéndose un gran número de veces.

Aquello me complació, pues aunque en el género

lirico oímos hablar de continuo de las aguas murmurantes, y siendo así que me agrada especialmente el ruido que éstas producen al fluir, jamás me habría atrevido a afirmar que era capaz de distinguir palabras. Y cuando por fin me levanté y me sacudí la modorra, decidí que, de todos modos, haría caso a lo que el agua sugería sobre seguir su curso corriente arriba en lugar de hacerlo a favor suyo. Así lo hice: esto me llevó a través de las llanas praderas, pero siempre a lo largo de la linde del bosque y sin dejar de escuchar, de cuando en cuando, el mismo rumor peculiar que sonaba como «Remóntame».

No mucho tiempo después, llegué a un lugar donde otro arroyo surgía del bosque para desaguar en el que había estado siguiendo, y un poco más allá del punto en el que ambos se encontraban había un puente; o mejor dicho: un madero tendido transversalmente y un listón elevado que hacía las veces de pasamanos, por donde se podía atravesar sin excesivos problemas. Lo crucé, sin una idea clara sobre mi destino, pero con la intención de explorar esta nueva corriente que, discurriendo a un ritmo muy rápido, prometía pequeños rabiones y cascadas un poco más arriba. Pues bien, cuando alcancé la nueva ribera ya no pude seguir dudando: el agua estaba diciendo «Remóntame», e incluso «Súbeme», de forma mucho más clara que antes. Atravesé de orilla a orilla el nuevo cauce y caminé unas pocas yardas hasta el arroyo original. Sólo un poco antes de que se le uniera este nuevo afluente, ya no decía nada ni remotamente parecido. Retrocedí entonces hasta el nuevo arroyo: éste se expresaba

de forma tan clara como si leyera sus palabras impresas en letras de molde. Por supuesto, no hubo ni una sola palabra acerca de lo que debía hacerse a continuación. Tenía ante mí algo bastante insólito, y aun cuando eso significara perderme el té, aquello debía ser convenientemente examinado; de modo que me interné en el bosque remontando la recién descubierta corriente.

A pesar de que centré toda mi atención en la búsqueda de cosas inusuales –en particular la planta, en la que no podía dejar de pensar–, no puedo decir que hubiese nada extraño en los insectos o en los árboles o en las plantas o en la corriente –salvo las palabras que el agua seguía articulando–, mientras estuve en la parte más llana del bosque. Mas pronto llegué a una empinada ladera; el terreno comenzó a inclinarse de repente y los rápidos y las cascadas del arroyo ofrecieron un espectáculo muy grato e interesante de ver. A partir de ahí, además de «Súbeme», que era por entonces su palabra preferida en perjuicio de «Remóntame», escuché de vez en cuando «Muy bien», lo cual resultaba muy alentador y emocionante. Sin embargo, nada fuera de lo común tenía a la vista, al menos hasta donde ésta alcanzaba.

El ascenso por la ladera o cresta resultó largo y fatigoso. En su parte superior se extendía una especie de meseta, bastante llana y con grandes árboles centenarios –principalmente robles– creciendo sobre ella. En el extremo más alejado arrancaba una nueva pendiente y en la cima de ésta era visible otra arboleda: pero eso era ya irrelevante para mí. Por el momento me hallaba al final de mi ex-

cursión, pues allí mismo moría –o mejor dicho, nacía– la corriente de agua parlante; y decidí que de todas las maravillas de la naturaleza que me rodeaban, la que más me agradaba era precisamente el manantial, que parecía no haber sido alterado nunca por hombre o bestia.

Cinco o seis robles crecían formando algo así como un semicírculo, y en medio del terreno llano frente a ellos destacaba un charco de una redondez casi perfecta, de no más de cuatro o cinco pies de diámetro. El fondo en el centro de la balsa era de una arena pálida que subía y bajaba continuamente formando pequeños montículos semejantes a huevos de Pascua. Era el más cristalino y vigoroso manantial de su clase que haya visto jamás, y podría haber estado contemplando su borboteo durante horas y horas. Me senté junto a la fuente y observé manar el agua durante algún tiempo, sin pensar en nada más que en lo afortunado que era por haberla encontrado. Pero entonces empecé a preguntarme si no estaría diciéndome algo. Naturalmente, yo no podía esperar que siguiera diciendo «Súbeme», siendo así que me hallaba en el nacimiento de la corriente; de modo que me dispuse a escuchar atentamente con cierta curiosidad. Aunque apenas hacía más ruido que el arroyo, el charco era más profundo; aun así, pensé que también tendría un mensaje para mí, y agaché la cabeza para acercarla tanto como pude a la superficie del agua. Si no lo entendí mal –y tal y como resultaron las cosas estoy seguro de no haberlo hecho–, sus palabras fueron: «Cógela, cógela; tira, tira»; y: «rápido, rápido».

Llevaba por entonces algún tiempo sin pensar en la planta, pero como puedes suponer, aquellas palabras me la trajeron de nuevo a la mente; en consecuencia, me levanté y empecé a buscar entre las raíces de los venerables robles que crecían en torno al manantial. Mas no, ninguna de ellas, en la cara de los árboles que miraba hacia el agua, era como la que yo vi en mi sueño; aun así, la sensación de que aquél era la clase de lugar –si es que había alguno en el mundo–, incluso el mismo lugar, donde una planta así debía de crecer, era fuerte en mi interior. De modo que me dirigí al lado convexo del semicírculo, con cuidado de moverme de derecha a izquierda de acuerdo con el curso del sol.

Pues bien, no me falló mi intuición. En la cara posterior del roble situado en el medio hallé la raíz que buscaba, con sus peculiares agujeros redondos tapizados de musgo; junto a ella, naturalmente, crecía la planta con la que soñara junto al arroyo. Creo que la única cosa que se me antojó nueva en su aspecto fue su extraordinario color verde. Parecía acumular en ella todo el verdor que era posible o que se requería para colorear todo un campo de hierba.

Mil dudas y escrúpulos me asaltaron cuando fui a tocarla. De hecho, regresé al punto a la fuente y me paré a escuchar, para asegurarme de que seguía diciendo lo mismo. En efecto, oí: «Cógela, cógela; tira»... Pero decía algo más de vez en cuando que no pude entender al principio, por más esmero y cuidado que puse en hacerlo. Me tendí en el suelo, doblé mi mano alrededor de una oreja

y contuve la respiración. Podría haber sido «despunta el árbol» o «barrunta el árbol», o incluso «apunta a lo alto». Acabé por impacientarme y dije en voz alta:

–Bueno, lo siento mucho, pero haga lo que haga no soy capaz de entender lo que sin duda está tratando de decirme.

Al instante, un pequeño chorro de agua me golpeó en la oreja y oí, tan claramente como era posible, de qué se trataba: «Pregunta al árbol».

Me levanté de inmediato.

–Le pido a usted mil perdones –dije yo–, por supuesto que era eso. Muchísimas gracias –y el agua seguía diciendo: «Cógela, cógela; muy bien; mójala, mójala».

Después de cavilar cuál sería la manera más conveniente de saludar a un árbol, me volví hacia el roble, me planté frente a él y le dije –naturalmente dejando al descubierto mi cabeza–:

–Señor Roble, le pido humildemente permiso para coger la planta verde que crece entre sus raíces. Si una bellota cae en ésta mi mano derecha –la cual extendí–, interpretaré su respuesta como un «sí»... y se lo agradeceré enormemente.

La bellota cayó directamente sobre la palma de mi mano, y me apresuré a contestar:

–Le doy las gracias señor Roble: espero que tenga un crecimiento largo y duradero. Dejaré ésta su bellota en el mismo hueco que ahora ocupa la planta.

A continuación, con infinito cuidado, agarré el tallo de la planta –que era muy corto, pues como ya dije, cre-

cía casi al nivel del suelo– y tiré de él; y, para mi sorpresa, salió tan fácilmente como un champiñón. Poseía un bulbo redondo y limpio sin ningún tipo de raicillas y dejó un agujero perfectamente liso en el suelo. En este hueco, conforme a mi promesa, deposité la bellota y la cubrí luego con tierra; creo que es muy probable que se convierta en una nueva planta maravillosa.

Entonces me acordé de la última palabra del manantial y volví para mojar la planta en sus aguas. Tuve un sobresalto cuando lo hice, y fue una suerte que la asiera tan firmemente, porque nada más tocar el líquido luchó por zafarse como un pez o un tritón y por poco no se me escapa. Por tres veces la sumergí, advirtiendo en cada una de ellas que se hacía más pequeña en mi mano; de hecho, cuando la miré por última vez había apretado tanto sus hojas en torno al tallo, que toda ella era poco más que un bulbo. Mientras la observaba me percaté de que el sonido del agua había cambiado de tono y decía:

–Ya está bien, ya está bien.

Pensé que aquél era el momento adecuado para agradecerle a la fuente todo lo que había hecho por mí; sin embargo, como puedes suponer, yo aún desconocía lo que debía hacerse con la planta, o cuál podría ser su uso futuro.

Así que me acerqué y le expresé con las palabras más corteses que encontré lo mucho que le debía, y le pregunté si había algo que yo debiera o pudiera hacer, lo que para mí resultaría muy gratificante y honroso. Entonces me dispuse a escuchar con suma atención, pues en ese

momento me pareció de lo más natural que yo obtuviese algún tipo de respuesta. Y en efecto, ésta no se hizo esperar. Se produjo un cambio súbito en el sonido y el agua dijo clara y rápidamente: «Plata, plata, plata, plata». Busqué en mi bolsillo. Por suerte llevaba unos cuantos chelines, monedas de seis peniques y varias piezas de media corona. Pensé que la mejor opción sería ofrecérselas todas, así que las coloqué en la palma de mi mano derecha y sumergí ésta a continuación en el agua, bien extendida, justo encima de la arena saltarina del fondo. Durante unos segundos el agua pasó por encima de la plata sin hacer gran cosa: salvo que las monedas parecían ganar en brillo y limpieza. Entonces, uno de los chelines fue pulcra y muy suavemente retirado de mi mano, y luego otro, y al cabo una moneda de seis peniques. Esperé un rato, pero no ocurrió nada más y el agua pareció retirarse hacia el fondo y alejarse de mi mano, diciendo: «Muy bien». Así que me levanté.

Las tres monedas yacían en el lecho de la balsa y se me antojaron más relucientes que incluso las más nuevas que haya visto nunca; y, poco a poco, mientras permanecían allí, empezaron a aumentar de tamaño a ojos vistas. Los chelines semejaban medias coronas y la moneda de seis peniques un chelín. Pensé por un momento que aquello podría deberse al efecto magnificador de la lámina de agua, pero pronto descubrí que ésa no podía ser la razón, pues las monedas siguieron creciendo más y más y, naturalmente, haciéndose más delgadas, hasta que finalmente se extendieron como una especie de película de plata a

lo largo y ancho del fondo del charco; y cuando terminaron de cubrirlo, el sonido del agua adquirió una cualidad musical, similar a esa sonoridad que uno obtiene cuando se moja el dedo y lo desliza sobre el borde de un cuenco de cristal<sup>\*</sup> tras el postre –algo que ciertas personas se permiten hacer, siguiendo sus peregrinas ideas sobre los modales en la mesa–. Fue una hermosa visión y eufonía, que admiré y escuché absorto durante largo rato.

Sin duda te estarás preguntando: «¿Qué fue de la planta durante todo ese tiempo?». Pues bien, cuando le entregué la plata al manantial la envolví cuidadosamente en un pañuelo de seda y la puse a salvo en mi bolsillo. Después saqué el pañuelo, y aunque por un momento temí que la planta se hubiese esfumado, no fue así: había menguado hasta convertirse en un pequeño ovillo de un color verde lechoso. La cuestión era, ¿qué se suponía que debía hacer entonces con ella; o mejor dicho, qué *podría hacer* con ella? Estaba claro para mí, no obstante, que la planta poseía alguna virtud o propiedad extraña y valiosa, siendo así que había sido puesto tras su pista de tan insólita manera. Decidí que lo mejor que podía hacerse era consultar al manantial.

–¡Oh, Fuente de agua! –empecé a decirle con todo respeto–, ¿tengo su venia para preguntar qué debo hacer con esta preciosa planta, a fin de darle el mejor uso posible?

El paladar de plata en el lecho de la fuente hacía que

---

<sup>\*</sup> *Finger-glass* en el original; un cuenco de cristal para enjuagarse los dedos después de los postres. (*Todas las notas son del traductor.*)

sus palabras fueran mucho más fáciles de captar cuando hablaba –aunque debo reconocer que durante la mayor parte del tiempo ya no hablaba, o al menos no lo hacía en ningún idioma que yo pudiera entender, sino que más bien cantaba–, y entonces empezó a decir:

–Bebe, traga, traga, traga.

«Obedece al punto», querida Jane, ha sido siempre mi lema –como sin duda también será el tuyo–; así que me tendí de inmediato, bebí un trago de agua del manantial y me introduje el pequeño bulbo en la boca. En el acto se hizo éste más suave y se deslizó por mi garganta. ¡Qué prosaico! No tengo ni idea de a qué sabía.

Y de nuevo me dirigí a la fuente:

–¿Hay algo más que yo deba hacer?

–No, no, no, no, ya lo verás, ya lo verás... adiós, adiós –fue la respuesta que llegó enseguida.

En consecuencia, una vez más le di las gracias a la fuente, deseándole un agua clara, sin lodo ni pisotones de ganado, y le dije adiós.

–Aunque –añadí– confío en poder volver a visitarla de nuevo.

Entonces me di la vuelta y miré a mi alrededor, preguntándome si, ahora que me había tragado la misteriosa planta, debería ver algo diferente. Lo único que noté fue debido, supongo, no a la planta sino a la fuente; pero era suficientemente extraño de todas formas. Todos los árboles estaban cargados de pequeños pájaros de todas clases, posados en filas sobre las ramas igual que hacen en los hilos telegráficos. No me cabe ninguna duda de que es-

taban gozándose en el sonido de la campana de plata en la fuente. Se mantenían muy quietos, y no me prestaron ninguna atención cuando me alejé caminando de allí.

Ya dije, como recordarás, que el lugar en el que me encontraba era una especie de terraza plana en la culminación de una empinada ladera. Por un extremo, esta meseta descendía hasta desaparecer bajo el bosque, pero en el opuesto se alzaba un pequeño montículo o cerro con espesos matorrales detrás de él. Sentí un gran deseo, una curiosa inclinación a dirigir mis pasos en esa dirección: tengo pocas dudas de que la planta estaba en el origen de esa sensación. Mientras caminaba iba mirando al suelo y noté algo curioso: las raíces de todas las plantas y arbustos allí, parecían mostrar más de lo que yo estaba acostumbrado a ver de ellas en otros lugares.

No había un gran trecho hasta el montículo; cuando al poco lo alcancé, me pregunté el porqué de mi curiosidad, pues no parecía haber allí nada fuera de lo común. Aun así, llegué hasta su cima y entonces vi algo; a saber, una piedra plana y cuadrada justo frente a mis pies. La golpeé con mi bastón de paseo, pero me pareció que, de alguna manera –no sé cómo explicarlo–, no llegué a tocarla, y tampoco percibí ruido alguno de choque. Aquello resultó desconcertante. Lo intenté de nuevo, y entonces vi que mi bastón ni siquiera la rozaba, que había algo que se interponía entre ella y su punta. Probé a continuación con mis manos, y he aquí que éstas se llenaron de hierba y tierra, pero ciertamente no tocaron nada parecido a una piedra. Entonces comprendí: ¡Re-

sulta que la planta era capaz de hacerle ver a uno lo que hay bajo tierra!

No necesito decirte todo lo que me pasó por la cabeza en ese momento, ni lo sorprendido y encantado que estaba. Lo primero era llegar hasta la piedra plana y averiguar lo que había debajo de ella.

En consecuencia, ora ayudándome con una navaja, ora con mis solos dedos, no tardé en dejarla al descubierto: se encontraba a cuatro o cinco pulgadas bajo la superficie. No había marcas sobre ella y no mediría más de un pie en cada una de sus dimensiones horizontales. La levanté. Resultó ser la tapadera de una especie de caja cuya parte inferior y sus laterales eran losas similares a la de su cara superior. Dentro de esta caja había otra, hecha ésta última de un metal oscuro que entonces tomé por plomo. La saqué y encontré que la tapa de este cofre formaba una sola pieza con el resto... como en una lata de sardinas. Evidentemente, aquél no era el momento ni el lugar adecuado para tratar de abrirla. Se me antojó bastante pesada, pero eso no me importó y me las arreglé para llevarla a la casa en la que me alojé sin demasiados inconvenientes. Naturalmente, coloqué cuidadosamente la piedra en su lugar y la cubrí de nuevo con tierra y hierba.

Como ya barruntara, no llegué a tiempo para tomar el té con mi casera, pero ciertamente aquella tarde había encontrado algo mucho mejor que un té bien azucarado y unas pastas.